



Atolón cerca de la costa de Tahití, en las islas de la Sociedad, paisaje insólito fuera de Oceanía, en donde el agua, en vez de separar, une las islas.

Emigraciones en el océano Pacífico

La inmensa vastedad de océano que separa las costas de Asia del continente americano está sembrada de islas habitadas por una población de arriesgados navegantes que se fueron trasladando de unas a otras hasta alcanzar las más alejadas.

El conjunto de estas islas se ha dividido, atendiendo a características más bien etnológicas que geográficas, en tres secciones:

Melanesia (por el color oscuro de la piel de sus pobladores), que comprende, entre otras, islas como las de Bismarck, Salomón, Santa Cruz, Nuevas Hébridas, Nueva Caledonia, Lealtad, Fiji y Nueva Guinea. Los habitantes de la Melanesia son llamados los negros de Oceanía. Aunque han sido repetidamente comparados con los negros

africanos, hay que reconocer que difieren profundamente de ellos. Su cabeza es dolicocefala, la frente huidiza y los arcos superciliares muy salientes. La cultura de esta raza varía notablemente de unos archipiélagos a otros e, incluso, de unos pueblos a otros de la única isla grande de Melanesia: Nueva Guinea. Las diferencias más importantes se refieren a la vivienda —palafitos en unas islas y casas de planta circular en otras— y al estilo de las cerámicas, que, como las vasijas de barro, son objetos de uso doméstico diario. La autoridad de la familia se transmite de generación a generación por patrilinealismo o matrilinealismo, según los lugares. La vida religiosa está basada en un intenso desarrollo de las prácticas totémicas.



Costa malasia del estrecho de Malaca, entre la península del mismo nombre y la isla de Sumatra, por donde los primitivos habitantes entraron en contacto con la inmensa vastedad oceánica.

Micronesia, llamada así porque está compuesta de varios archipiélagos de pequeñas islas de coral, entre los que son importantes las Marianas, Palaos, Carolinas, Marshall y Gilbert. Estas gentes son de una raza parecida a la de los polinesios, de quienes se habla con detalle a lo largo del capítulo, pero de rasgos más mongoloides. Son, además, de menor estatura y más braquicéfalos que los polinesios. Sus costumbres, medios de vida y viviendas son de tradición melanésica. Su característica más original es el conocimiento de la mar y de los fenómenos meteorológicos. Con fibras vegetales construyeron en su época primitiva cartas de

navegación que se conservan y aún se usan en la actualidad. Antes que los chinos trajeran la brújula a Europa, los micronesios ya se orientaban por este sistema en sus navegaciones. Ellos son también los primeros que navegaron en troncos vaciados, a modo de canoas, con un flotador atado en el lado del viento.

Polinesia (por el gran número de islas), entre las que se pueden citar las de Samoa, Marquesas, Sociedad, Tuamotú, Tonga, Nueva Zelanda y Hawái.

Por lo que se refiere a la población, aunque hace años conoció cierto predicamento una teoría que hacía a los polinesios descen-



dientes de arios emigrados de la India y más recientemente el noruego Thor Heyerdahl, con su célebre *Kon-Tiki*, haya demostrado que son posibles los viajes desde América a Polinesia, lo único que parece ser cierto es que las islas de Oceanía fueron pobladas por razas expulsadas del sur de Asia en épocas y oleadas casi imposibles de determinar.

Todo parece indicar, sin embargo, que una primera oleada estaría formada por negroides, pigmeos y papúes, que llegarían a Nueva Guinea a través de Indonesia. Después, los tasmanios se extenderían por Australia y serían arrinconados más tarde por los australoides, que habitaban en la India,

Indochina, Malasia y en el extremo más meridional de América del Sur, adonde habrían llegado por la Antártida.

Mucho después, otros negroides, los melanesoides, expulsados de Indonesia, se extendieron por el Pacífico occidental. Parece que primitivamente habrían ocupado regiones de la India e Indochina, así como Madagascar y zonas de América. Se supone que estos pobladores ocuparían Polinesia y Micronesia, pues se hallan rasgos negroides en Nueva Zelanda y en Hawai.

El poblamiento de Polinesia se verificaría en tres oleadas sucesivas: melanesioide, europeoide e indonésica, y su ruta estaría jalonada

Arrozales en la isla de Java. Esta gramínea, procedente, según la tradición oral, de la cuna de los primeros habitantes de Oceanía, fue importada de la India y cultivada durante las primeras migraciones.



Estatuilla de bronce de las islas Trobriand, en la Melanesia, que representa a un antepasado cuyo espíritu habita en el bronce en virtud del parecido que el artista supo dar al objeto con su modelo (Museo del Petit Palais, París).

por las islas Palaos, Carolinas, Gilbert y Marshall, por una parte, y Nueva Guinea hasta Samoa, por otra. Desde estas últimas se poblarían las Tonga y Cook, y desde aquí partirían los futuros habitantes de las Fiji, Nueva Zelanda y la Polinesia oriental, hasta las islas de Pascua y quizás a la costa de América. Por último, otros navegantes, procedentes de Polinesia central, poblaron las islas de la Sociedad, las Marquesas y las Hawai.

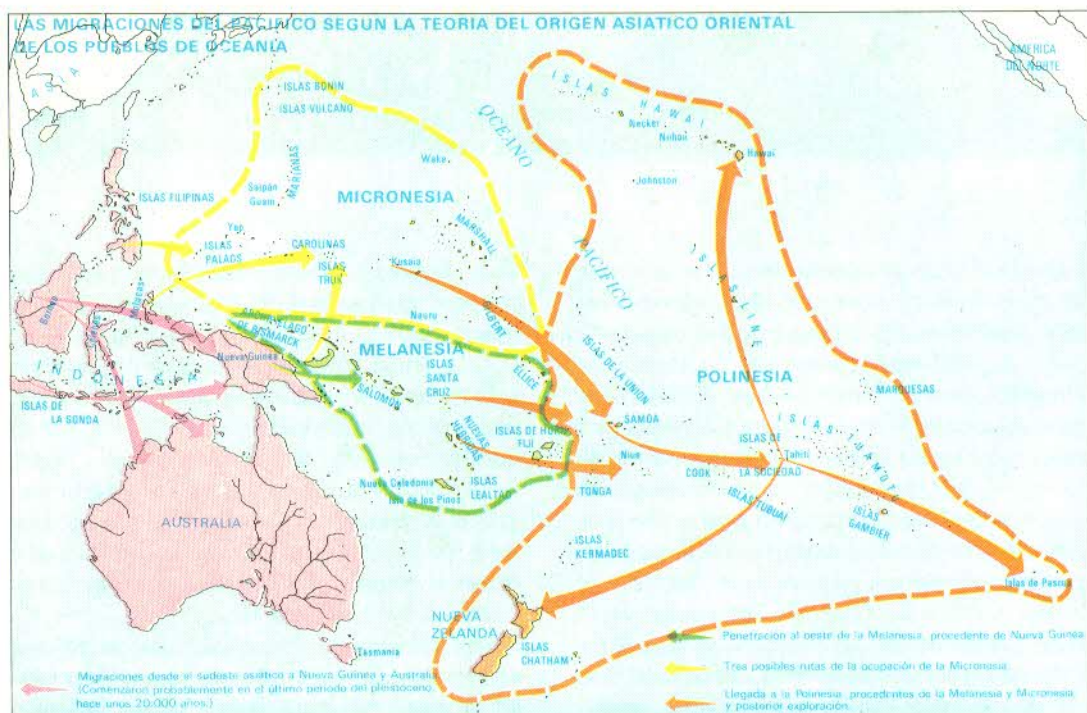
El siglo XII de nuestra era fue la época de oro de las navegaciones por Polinesia y su recuerdo ha perdurado en poemas conservados oralmente de generación en generación.

Con la singular memoria que poseen todos los pueblos primitivos, los habitantes de las islas de la Polinesia conservaron la tradición de sus diferentes emigraciones de un archipiélago al otro. Sus genealogías más remotas coinciden con sorprendente precisión en pueblos que han estado separados por espacio de siglos en apartadas islas del Pacífico. Y como no tienen escritos de ninguna clase (excepto los jeroglíficos de la isla de Pascua), las genealogías sirven para establecer una aproximada cronología. Por las listas de sus generaciones, que constituyen la tradición más preciosa de los polinesios, venimos a enterarnos de que procedían de una tierra hacia el Oeste que llamaban *Atia-te-varinga*. La traducción de esta palabra ha sido generalmente como sigue: *Atia-la-grande-cubierta-con-fango*, porque la partícula *vari*, en la mayor parte de las lenguas

polinesias, quiere decir "tierra, fango", pero últimamente se ha tratado de darle otro valor a la palabra *vari*. El arroz es llamado *pari* actualmente en Polinesia y cabe suponer si *vari* no sería el nombre primitivo de *pari*, con lo cual aquel nombre significaría *Atia-la-grande-cubierta-de-arroz*.

De su primitivo hogar en *Atia-te-varinga* los polinesios recuerdan algo más. Había allí un templo de prodigiosa altura con varios recintos, construido para que los dioses celebraran en él sus consejos. Era un lugar muy venerado; de allí proceden sus tambores y trompetas, y en *Atia-te-varinga*, según afirma su tradición, tuvieron principio las guerras.

En cambio, de su estancia en Java y otras islas de la Indonesia los isleños del Pacífico conservan pocos recuerdos. Probablemente, Java será la mitológica tierra llamada *Avaihi*, adonde van los espíritus después de la muerte; además, en las tradiciones de los maoríes de Nueva Zelanda a menudo se habla de serpientes o grandes reptiles que no existen en la Polinesia, e incluso los maoríes representan en sus relieves serpientes que nunca habrán visto. Una sola especie de pequeña culebra inofensiva, que existe en Samoa, es llamada *nagata*, lo que recuerda la palabra india *naga*, que quiere decir serpiente. En Nueva Zelanda los maoríes llaman *nagata* a los caracoles, acaso porque se arrastran como las serpientes. Por tanto, el recuerdo de los reptiles de Java subsistió después de las emigraciones y hasta en ciertos cultos polinesios hay que apaciguar a un monstruo de





forma de serpiente con ritos propiciatorios y sacrificios.

De los grandes felinos, que no existen tampoco en las islas del Pacífico, guardan escasos recuerdos los polinesios. Los maoríes explican innumerables historias de luchas con un animal devorador de hombres, que debe de ser el tigre, y hablan de un monstruo de fuertes mandíbulas, dorso cubierto de escamas y cola poderosa, que será el caimán, también desconocido en Nueva Zelanda. Y en otro de sus relatos históricos, un héroe explica haber visto gentes "que no conocían el arte de encender el fuego, que vivían en los árboles y tenían muy grande el cuerpo y pequeña la cabeza, y no eran hombres...". Al parecer, por la descripción, son los orangutanes de Java y de Borneo. He aquí un recuerdo singular también, porque no debemos olvidar que en las islas del Pacífico, antes de los viajes de los españoles, no existían otros mamíferos que algunas variedades de murciélagos.

Del período de su estancia en Java es el mito del gran héroe polinesio llamado Tangaroa, quien descubrió el árbol del pan, que produce la preciosa farinácea que debía sustituir al arroz en la alimentación de los polinesios. Según las genealogías (contando treinta años por cada generación), Tangaroa debió de vivir en el siglo III a. de J. C. La leyenda de su casamiento con una princesa de la isla y su lucha con un caimán que lo derribó de un coletazo, sus viajes, todo queda en segundo lugar, comparado con la gran revolución que produjo el hallazgo del árbol del pan. Tangaroa lo descubrió en las montañas, se celebró la novedad con grandes festejos y desde entonces dejaron los emigrantes de plantar arroz; en esto muéstranse conformes todos los polinesios, como también en que el descubrimiento ocurrió en Avaiki, que debe de ser la isla de Java, porque allí el árbol del pan crece espontáneamente.

A Tangaroa sucedió su hijo Maui, el cual es el primer gran viajero del Pacífico. En su tiempo los polinesios llegaron hasta las islas Fijí. Las leyendas polinesias dicen que Maui "levantó los cielos", lo que significa que navegó hacia el Oriente, deshaciendo el cami-

Estatuilla de Tangaroa, el dios polinesio del mar, de cuyo cuerpo nacen sin interrupción los otros dioses y el hombre (Museo Británico, Londres). La escultura es de madera hueca y fue hallada en la isla de Pascua. En su interior se encontraron tejidos y otras reliquias.



Figura de madera, hallada en un santuario de las islas Hawai, que representa al dios de la guerra de los polinesios, uno de los espíritus creados por Tangaroa (Museo Británico, Londres).



***Emú representado
en madera policromada
(Museo Etnológico, Barcelona).
Este animal,
muy raro en la actualidad,
es típico de las llanuras
de Australia y Tasmania.***

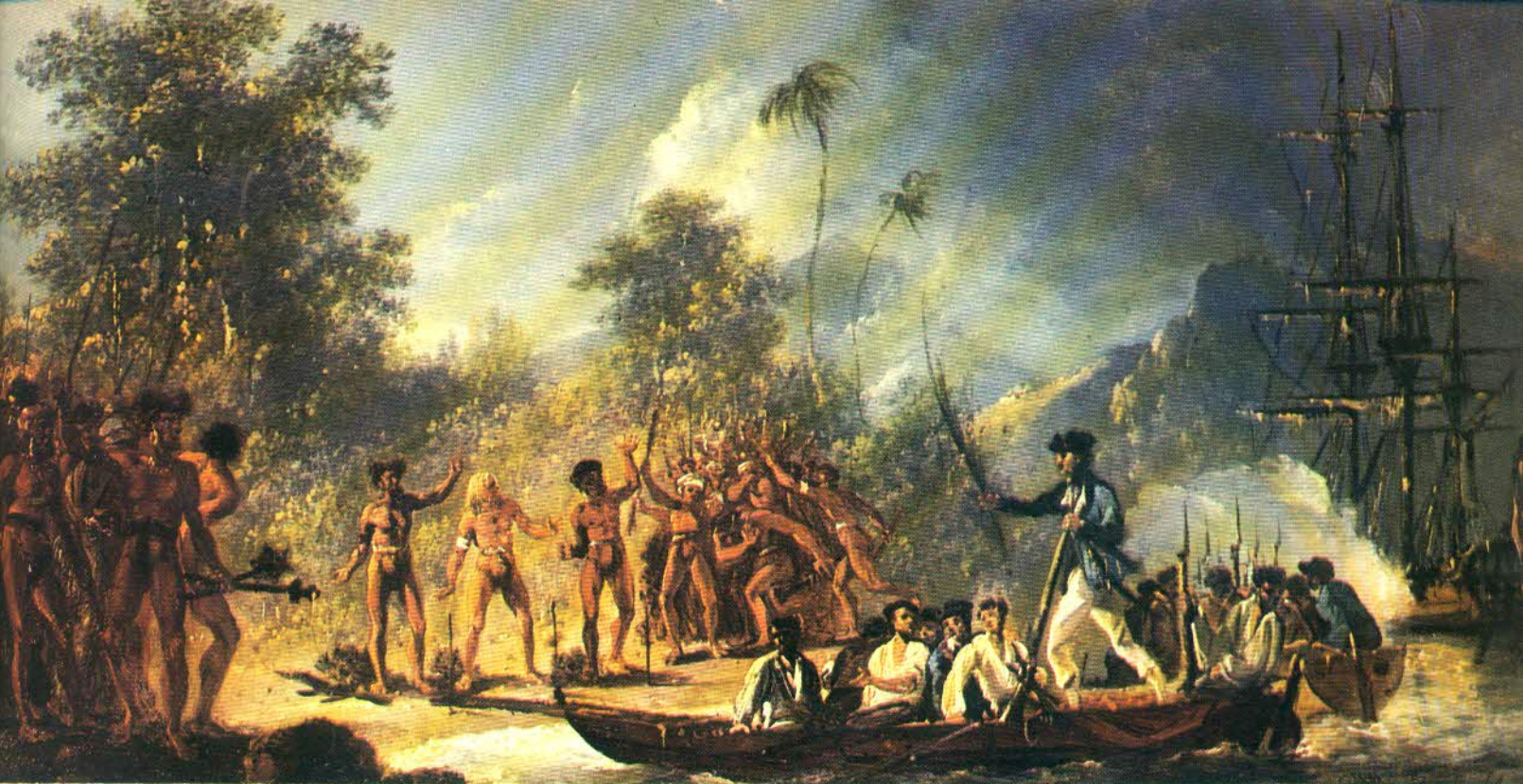


no del sol. Siendo Maui un héroe común a todos los polinesios, cada isla tiene de él sus tradiciones propias y es natural que, por la ley general de desarrollo de las leyendas, se le acumularan hazañas de otros héroes contemporáneos y aun posteriores. Pero en lo que coinciden unánimemente las leyendas es en asegurar que Maui fue un gran navegante, que guió a sus gentes en su viaje a través del Pacífico. Por él salieron de los lugares peligrosos de las islas de la Indonesia y de Nueva Guinea, pobladas de razas negras, malayas y mongólicas, y llegaron al paraíso terrenal, que son las bellas islas del archipiélago de Fiji y más allá aún, a Samoa, Hawai y Tahití.

Allí no había enemigos de ninguna clase ni animales dañinos; la naturaleza tropical produce frutos en abundancia para proveer a todas las necesidades. Estos frutos son principalmente tres: el plátano, que es indígena de aquellas islas; el árbol del pan, que ya hemos visto lo trajeron los polinesios de Avaiki o Java, y la batata o patata dulce, que parece originaria de América o por lo menos sólo en América crece espontáneamente. Esto ha hecho pensar que los polinesios llegaron en sus navegaciones hasta las costas que ahora son de la República del Ecuador o del Perú. Pero la batata también podría haber sido importada más tarde. No parece tampoco que los polinesios llegaron a tocar Australia; resbalaron, podríamos decir, a lo largo de sus costas sin llegar a darse cuenta de su existencia.

Durante todo el período heroico de los polinesios, que coincide con la Edad Media en Europa, sus leyendas describen innumerables viajes, conquistas y descubrimientos. Los polinesios hablan de esta época como de su edad dorada; dicen que "visitaron todos los lugares de la tierra" y se hicieron "prácticos en la navegación". De uno de sus héroes se cuenta que, cuando las canoas se

***Estatuilla de madera pintada
que representa
a la diosa de la maternidad
de Nueva Guinea
(Museo del Hombre, París).***



El explorador inglés James Cook (1728-1779) desembarcando en la isla de Malekula, Nuevas Hébridas, en el curso de su segundo viaje de exploración (Museo Marítimo Nacional, Londres). Las impresiones de los grandes viajeros que descubrieron Oceanía nos ponen en contacto con el paisaje primitivo de las islas, apenas evolucionado a lo largo de los siglos, debido al aislamiento natural.

le pudrían, construía otras para continuar sus expediciones; pero también a veces se dice fríamente de algunos "que fueron hacia el Oeste y se perdieron". Entre las tradiciones de los sobrevivientes de los pobladores de las islas Marquesas se cuenta que "un tal Gataneva marchó con cuatro canoas a descubrir tierras, llevando gran cantidad de agua y provisiones; pero nunca más se supo de él...". De otra expedición se dice: "...Cuatro días después de haber marchado, los brujos y sacerdotes empezaron a gritar que habían tenido revelaciones de que la expedición había conseguido descubrir nuevas islas, donde había abundancia de todo lo deseable. Excitados por estas noticias, otros aventureros construyeron nuevas canoas y partieron también, pero ni de unos ni de otros se ha sabido nada más". Algunas islas fueron descubiertas varias veces. El grupo de Hawái, por ejemplo, debió de descubrirse ya el año 650 de nuestra era, pero no se pobló hasta mucho más tarde. Lo mismo ocurre con Nueva Zelanda; la fecha bien conocida de la llegada de los polinesios a Nueva Zelanda, en una expedición famosa llamada "La flota", de seis canoas, fue en 1350, pero ya antes debieron llegar al archipiélago expediciones menos documentadas.

De un tal Uí-te-rangiora, navegante del siglo VII que viajó en su canoa, llamada *Ivi-o-atea*, se cuentan infinidad de aventuras. De otro se explica que marchó solo para superar las aventuras de éste y vio extrañas cosas en el océano, como trenzas y cintas

cubriendo las aguas, que debían de ser el sargazo, alga marina que no se halla en los trópicos, y además "la hembra" que vive en las aguas, o sea la foca, y los témpanos de hielo, "el mar cuajado".

Como el área de expansión de los polinesios en el Pacífico tiene un diámetro de cinco mil millas, parece un mito que pudieran recorrerla con los pobres elementos de que disponían al llegar los europeos. Pero antiguamente los polinesios usaban para los grandes viajes embarcaciones especiales que llevaban un balancín para darles estabilidad, o bien eran dobles, con una canoa mayor y otra más pequeña y entre las dos había un puente de tablas, sobre el cual iba "una casa" para las provisiones. Las canoas estaban construidas con tablas unidas por medio de nervios. La quilla era de un solo tronco, las tablas se le unían ajustadas, cosidas y calafateadas. Muy a menudo, en las historias de los héroes polinesios se habla del arte de reparar o calafatear una canoa en alta mar. Estas embarcaciones tenían a veces más de treinta metros de longitud y podían transportar buen número de guerreros; varios centenares llegaron a Nueva Zelanda en la expedición de las seis canoas del año 1350. El alimento era el producto del árbol del pan, que, debidamente amasado, se guarda más de un año, y los cocos, que procuraban comida y bebida al mismo tiempo. Agua se llevaba también en receptáculos de bambú, y existe una tradición en Samoa según la cual los antepasados conocían una planta que,



Viviendas típicas de una de las islas Fiji. Debido al aislamiento geográfico de las islas, las costumbres y formas de vida actuales reflejan con fidelidad la vida de los primeros moradores.

masticándola, hacía pasar la sed y de esta manera podían prescindir de la provisión de agua en los viajes que realizaban.

Como todos los pueblos que viven en inmediato contacto con la naturaleza, los polinesios tenían señales seguras para orientarse, no sólo en las estrellas, sino en los vien-

ASPECTOS DE LAS RELIGIONES DE LOS PRIMITIVOS DE OCEANIA

Debido a su posición geográfica, Australia está separada de posibles relaciones con los pueblos más desarrollados; por ello, hasta la llegada de los colonizadores europeos, los aborígenes se hallaban en un grado de desarrollo semejante a nuestros antepasados prehistóricos.

Entre las tribus australianas estaba muy desarrollada la idea del culto al tótem, simbolizado éste fundamentalmente en animales, y menos en plantas y objetos. Sobre los tótem se han acumulado innumerables leyendas, que se remontan a los antepasados de las diversas tribus. Estos antepasados se presentan unas veces con aspectos humanos y otros se revisten de forma animal. En general, estos antepasados realizan las mismas operaciones que sus adoradores, concluyendo con su desaparición bajo tierra o su transformación en algún elemento de la naturaleza como rocas o árboles.

La hechicería está muy difundida. Cualquier enfermedad se achaca a maleficios de las tribus enemigas, así como la misma muerte. Después de cada muerte se realizan adivinaciones para ver qué tribu es el lugar de asiento del hechicador culpable de la muerte. Una vez descubierto, se envía un grupo de miembros de la tribu encargados de la operación de venganza.

Un gran papel desempeñan las ceremonias de iniciación. Representan el paso de la adolescencia a la hombría propiamente dicha, con lo que se adquieren todos los derechos dentro de la tribu. La iniciación entre los hombres comprende varios años, en los que son sometidos a diversas pruebas que concluyen el día de la consagración final. En estos años de iniciación, los jóvenes aprenden las técnicas de la caza, al mismo tiempo que van recibiendo una formación sobre las costumbres y reglas de la tribu.

Menos datos tenemos sobre los tasmanios, debido a que toda la población fue

exterminada en el siglo pasado y las únicas menciones se hallan en los escasos relatos de viajeros.

Sabemos que los ceremoniales funerarios eran complicados, y se creía que los huesos de los muertos eran un remedio contra los maleficios. Asimismo se sabe que los tasmanios creían en espíritus nocturnos y diurnos. En general, los espíritus nocturnos infundían pavor, así como también provocaban miedo algunos elementos de la naturaleza, como el rayo y el trueno.

En el resto de Oceanía, los cultos religiosos varían según la situación y desarrollo de las diversas tribus que pueblan o poblaban aquella inmensa zona. Entre los habitantes de las islas en torno al cabo de Torres persiste el culto al tótem, aunque está permitido comer algunos tótem, como la tortuga, debido a la escasez de carne. La iniciación es menos brutal que entre los australianos, consistiendo primordialmente en danzas sagradas y en una preparación en las costumbres y leyes de la tribu.

Más cercanas a los australianos son las tribus que habitan en la región sudoccidental de Nueva Guinea. Entre ellas, el culto al tótem sigue ocupando el centro de la vida religiosa y los mitos y leyendas se refieren igualmente a antepasados animales o humanos; se practican ceremoniales en los que se repiten las hazañas de estos antepasados.

Entre los papúes de Nueva Guinea, la magia y el culto del cráneo constituyen el centro religioso. Semejante a la de los papúes es la religión de los melanesios occidentales de Nueva Guinea, mientras que las de las regiones centrales y orientales se hallan en un período más primitivo.

En las islas Trobriand, la hechicería es practicada por un limitado número de especialistas. En general, las personas que la practican son del sexo masculino que

han ido adquiriendo su formación a través del conocimiento de cierto número de hechizos. Estos hechiceros ejercen su poder en beneficio propio y cobran honorarios.

La averiguación por la hechicería de las razones por las que se ha matado a un hombre nos demuestra la existencia de una verdadera reglamentación de estas prácticas. La tumba se abre de doce a veinticuatro horas después del entierro, procediéndose al examen del cadáver. Según la forma que presente el cuerpo, ornamentación, marcas, forma de la boca, etcétera, se sabrán las razones de su muerte. Muchas veces no se encuentran señales o bien los presentes no se ponen de acuerdo sobre ellas.

Otro aspecto es la creencia en el maná. Se puede considerar como una fuerza que se concede a los hombres que triunfan en la vida. También se aplica a objetos. Si un objeto se coloca en una tierra de labor y la cosecha es fructífera, se debe a que ese objeto posee mucho maná y su posesión es codiciada por el resto de los vecinos.

No menos importante es el culto a los jefes de las respectivas tribus. Se los considera como poseedores de mucho maná y a su muerte se cree que sus espíritus se relacionan con espíritus mucho más importantes, por lo que se convierten a su vez en objetos de culto.

Finalmente, existen en algunas regiones ligas secretas entre varones. Algunas de ellas agrupan a hechiceros que se transmiten sus conocimientos, mientras otras son menos conocidas. En general, los miembros de estas ligas celebran extraños ceremoniales en los que se adornan con máscaras, realizando una serie de danzas vinculadas con las propias razones de la formación de la liga.

A. M. P.

tos, que son de corrientes muy regulares en el Pacífico. "Si marcháis de Hawai a Tahiti —dice un relato—, descubriréis nuevas constelaciones sobre el abismo del agua." Parece que los antiguos maories incluían entre sus enseñanzas religiosas la de la astronomía. Algunos pueblos polinesios conservan aún de sus antepasados mapas hechos con varillas de madera, que señalan las corrientes del agua y del viento en el océano. El color y la temperatura del agua les servían también para su orientación en las vastas soledades del Pacífico.

Las canoas eran extremadamente tabús y no se permitía el acceso de las mujeres a aquéllas. Todas las operaciones de construir

una canoa, desde el instante de derribar los árboles hasta su decoración, eran dirigidas por el sacerdote, que conocía el rito ancestral. Todavía hoy los contados habitantes que sobreviven a la destrucción de su raza, en las islas Marquesas, no permiten a sus mujeres que se embarquen en las canoas destinadas a la pesca. Los misioneros que han mencionado este hecho tratan de buscar su explicación en el miedo que tienen los indígenas de perder a sus mujeres por naufragio o por robo de piratas, pero no hay duda que el tabú refleja una superstición bien conocida, según la cual las mujeres por su impureza no podían tocar una canoa.

Esto era consecuencia natural de los gran-

Ceremonia de incineración de un cadáver en una isla del archipiélago Fiji, Polinesia.





Vista de la isla de Nueva Caledonia en la época de su exploración por el capitán Cook en el curso de su segundo viaje (grabado de la Biblioteca Nacional, París).

des viajes. En las expediciones lejanas, las mujeres debieron de estar en ínfima minoría y los guerreros tenían que procurárselas entre las poblaciones extrañas que encontraban en las islas que recorrían. Los malayos habían también arribado, por el Norte, a algunas de las islas de la Polinesia. Este hecho de la mezcla de sangre malaya, que se

ve claro en el aspecto físico de los polinesios, está documentado hoy históricamente. Ya hemos referido que durante la permanencia de los emigrantes en Avaiki, que es la isla de Java, el jefe Tangaroa casó con una princesa de la isla. Antiguas tradiciones, conservadas por los maoríes y otros polinesios, atribuyen la iniciación de toda la raza en el canibalismo



Sistema primitivo de labranza puesto en práctica aún actualmente en las islas Fijí, sobre la ruta de introducción de elementos asiáticos en Oceanía.



Habitantes de las islas Fiji ejecutando una danza tradicional ante una residencia de blancos.

mo a los consejos de otra princesa llamada Waitiri, esposa de Kaitangata, que fue abuelo de otro héroe, cuya existencia por las genealogías podemos fijar en el año 700. No obstante, las mujeres, por su misma condición inferior, no podían tomar parte en los ritos religiosos ni acercarse a los *maraes*, o plataformas para danza, y casas de ceremonias para la iniciación en ritos ancestrales.

La mayoría de las construcciones de los polinesios para servicios religiosos y sociales son de madera, de troncos atados con cuerdas de fibra, pues no tenían clavos de metal. Pero en algunas islas hay monumentos de grandes piedras, como los megalíticos en Europa. Es extraordinaria la semejanza de los muros contruidos con bloques sin labrar con los que en Europa llamamos pelásgicos o ciclópeos. La misma semejanza asombra con los monumentos que pueden ser conmemorativos, como las piedras derechas o menhires, y los trilitos o puertas, casi como los arcos triunfales. Parece que la especie humana tenga como fatal necesidad el levantar un menhir análogo en Polinesia o en el oeste de Europa. Pudo la forma llegar importada a través de los continentes; pudo también, por ser tan simple, repetirse instintivamente. Hay menhires en el Asia central y también en América. ¿Pero acaso no ocurre lo mismo con los útiles de piedra? Los artefactos

Indígenas de las islas de Samoa trenzando hábilmente cestos y esteras con hojas secas de palmera.



LA ORGANIZACION DE LOS TASMANIOS Y ARANDAS

El último tasmanio falleció a mediados del siglo pasado. Su raza fue exterminada por los europeos. Pertenecían a la rama oceánica de la raza negra. Su estatura oscilaba de 1,62 a 1,65 en los hombres y era de 1,48 en las mujeres. Sus ojos eran oscuros; la nariz, ancha; los dientes, grandes, y la cabeza, larga y estrecha, con la capacidad craneana baja (de unos 1.200 centímetros cúbicos de promedio).

Estaban organizados en forma tribal y las diferentes tribus vivían en lucha unas con otras. Propiedad de cada tribu eran los territorios de caza, pero no existía la propiedad privada de la tierra, aunque sí la de objetos y armas. La actividad central de los hombres eran la guerra y la caza. Las causas de la guerra eran la invasión del territorio de caza, el rapto de mujeres y la venganza.

La jefatura no era hereditaria y existía exclusivamente en caso de guerra. Asimismo, aunque los ancianos gozaban de cierta autoridad, no había un consejo de ancianos. Los castigos a miembros de la tribu eran muy simples y no poseían ninguna legislación.

La principal provisión de alimentos consistía en la recolección, la pesca y la caza. El régimen de vida estaba basado en el nomadismo, siendo, por tanto, frágil su hábitat. No llegaron a conocer el cultivo de la tierra ni la fabricación de la cerámica. Sin embargo, producían diferentes objetos con útiles de fibras, maderas, algas y conchas.

Entre los jóvenes varones se realizaban ceremonias de iniciación, en las que aprendían sus futuras obligaciones, consistentes en la provisión de alimentos y en la guerra. Al parecer se establecían diversos grados, por los que iban pasando según las diferentes edades. Junto con la edad, el paso

de un grado a otro se determinaba asimismo por el valor. El paso de cada grado llevaba inherentes ciertas ceremonias de iniciación y de consagración. El matrimonio estaba prohibido dentro de cada clan, teniendo que buscar mujer por medio del rapto en otro clan. Cuando algún miembro no podía valerse por sí mismo, era abandonado con cierta cantidad de alimentos; esto se solía hacer con los ancianos.

Algo diferente era la organización de los arandas, situados en el centro de Australia. Al igual que ocurría con los tasmanios, los arandas no poseen ningún tipo de agricultura ni más animal doméstico que el perro. En esta situación, la principal alimentación es, a semejanza también de los tasmanios, la recolección y la caza. Las mujeres se encargan de la recolección acompañadas de los niños, mientras los hombres se dedican a cazar.

Por lo que respecta a la organización social, la tribu se divide en dos mitades, cada una de las cuales se subdivide a su vez en dos secciones. Dentro de cada sección está prohibido el matrimonio y la descendencia es patrilineal. Cada aranda pertenece a un grupo totémico determinado, y los miembros de este grupo están asociados entre sí y se consideran descendientes de algún objeto natural, el cual es su tótem. Cada asociación de este tipo está presidida por un jefe, cuyo poder es estrictamente religioso. Para cada grupo totémico existe una sede, en la que se almacenan los objetos de sus antepasados, sirviendo estos centros de asilo para los perseguidos.

En las comidas, los ancianos se reservan los mejores trozos, para lo cual recurren a diversos tabúes. De esta forma, a los jóvenes les están prohibidos de erminados

alimentos, pues se les asegura que, en caso contrario, crecerían con algunos defectos físicos.

Al igual que ocurre en las restantes tribus, el paso a la madurez va acompañado de ceremonias de iniciación.

Únicamente en las organizaciones inferiores a la tribu existe cierta organización política. Cada uno de los grupos totémicos tiene su territorio de caza, así como su centro totémico, los cuales son propiedad de todo el grupo. El cargo de jefe totémico es hereditario, siempre que el hijo pertenezca al mismo tótem. Como asesor del jefe totémico existe un consejo de ancianos, cuyas atribuciones esenciales se refieren al trato que ha de darse a los extranjeros y los castigos por crímenes, así como a la venganza.

Se consideran como ofensas graves el matrimonio fuera de los grupos legislados, la adquisición de secretos totémicos, el robo de objetos totémicos y el ocasionar la muerte de alguien por medio de sortilegios. En todos estos casos, el tribunal deliberador está formado por el consejo de ancianos y se castiga con la pena de muerte.

Existen relaciones entre las diferentes tribus, realizándose intercambios de productos, aunque estos trueques sean bastante primitivos.

Finalmente, la guerra es poco frecuente, aunque a veces se hayan llegado a organizar verdaderas confederaciones de tribus.

Hoy día los arandas están casi extinguidos, sobre todo debido a la serie de enfermedades propagadas por la población europea, como la tuberculosis. En 1928 su número era de 300.

A. M. P.

tos neolíticos son casi idénticos en Europa, Asia y Oceanía. El hacha de piedra pulimentada de forma triangular es uniformemente labrada por los hombres que no han llegado a emplear metales.

Sin embargo, los monumentos megalíticos de los polinesios son escasos y sin decoración de molduras. No manifiestan capacidad de tallar la piedra ni deseo de poseerla; sólo en la isla de Pascua hay abundantes esculturas que por muchos años han sido un enigma. Además, los polinesios de la isla de Pascua tallaron la única madera que crece en la isla, los troncos de hibisco, árbol enano que los vientos retuercen hasta darle formas casi humanas. Las ramas dobladas del hibisco sugieren imágenes de personas y a veces peces o monstruos raros, y los polinesios de la isla de Pascua se sintieron inspirados a

completar la obra de los elementos acabando de tallar la forma que imaginaban en la torcida madera de los arbustos.

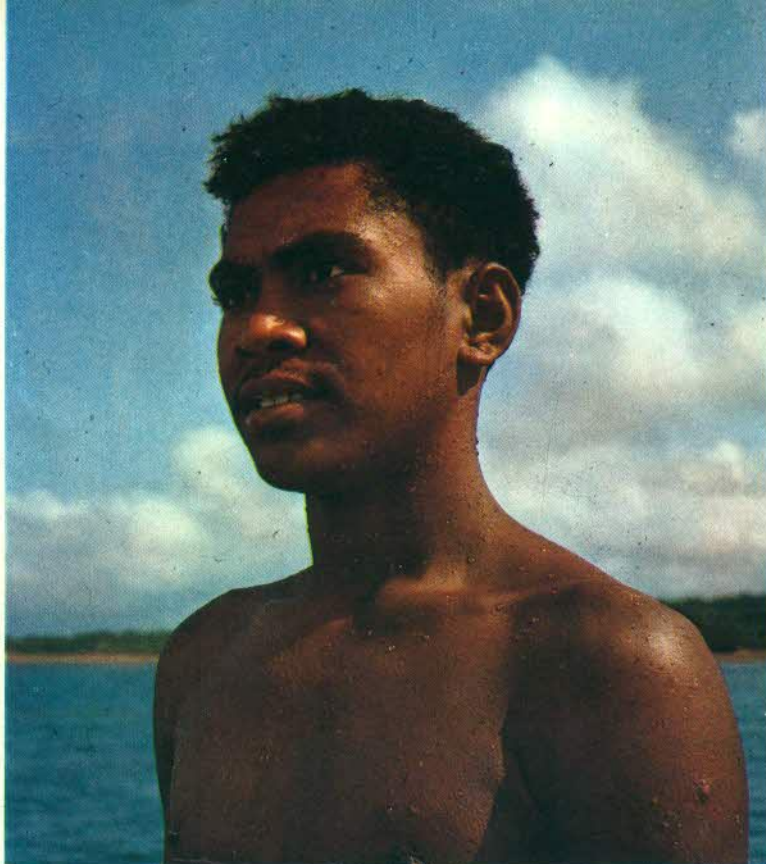
La isla de Pascua fue descubierta por un navegante holandés en 1721. Después la visitaron González en 1770, Cook en 1774 y La Pérouse en 1786. Estos exploradores recogieron algunos datos, hicieron grabados de las esculturas, pero no permanecieron bastante tiempo para comprender el carácter de sus habitantes y lo que representaban las estatuas ni llegaron tampoco a ser capaces de comprender sus escrituras. Porque los habitantes de la isla de Pascua grababan inscripciones en la madera, caso único entre todos los polinesios.

Como el misterio de la isla de Pascua intrigaba a sabios y profanos, varias veces viajeros curiosos y misiones científicas se han

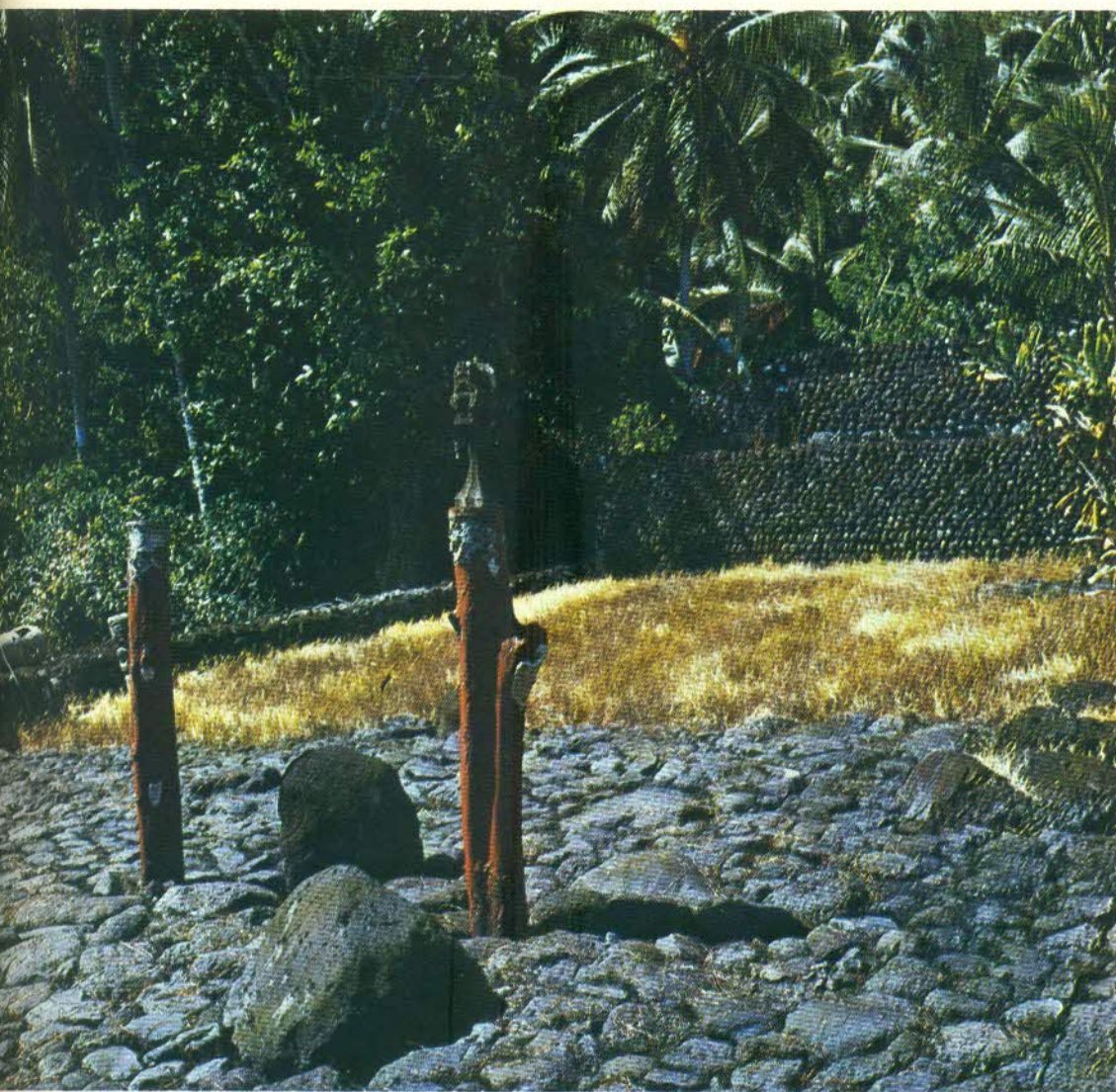
instalado en dicha isla para descifrar aquel enigma. Acaso hayan llegado tarde..., pero con ingenuidad increíble aprendieron muchísimas cosas de aquellos mismos polinesios que las conservaban en la memoria, adormecida y oscurecida por los siglos de aislamiento.

Precisemos algunos datos: la isla de Pascua está a unas 2.000 millas de la costa americana y a más de 1.000 de la isla más cercana. Cuando fue descubierta, había allí 3.000 habitantes; hoy quedan sólo un centenar, degenerados sobre todo a consecuencia de las enfermedades que han aportado los europeos. Pero son estrictamente polinesios y hablan una lengua emparentada con las de los otros pobladores de las islas.

Actualmente comprendemos que las esculturas en piedra son retratos estereotipados. ¿Qué hicieron los que merecieron tal recuerdo? Esto no se ha averiguado, pero el hecho de que haya más de cien estatuas todavía en pie en la isla hace pensar que no



Pescador de las islas Fiji, tipo característico de la Polinesia.



Piedra de la isla de Tahití sobre la cual los antiguos polinesios hacían los sacrificios al dios Tiki. Dos postes rituales escoltan el ara.



*Aspecto de la costa oceánica
en las cercanías de Papeiti,
ciudad de Tahití.*

son de grandes héroes fundadores, ni pudieron ser guerreros, pues en la isla de Pascua no hay nada que combatir más que el viento que la azota y la pobreza de la alimentación, que se reduce a pescado y a huevos de pájaros marinos que acuden cada año a hacer sus nidos en las rocas. El que primero descubre un huevo es considerado un ser excepcional, casi divino, durante el año. Se le representa transfigurado con pico de ave.

Así los personajes glorificados con las grandes esculturas no son dioses ni héroes, sino caciques que se impusieron en una época favorable a sus intereses personales. Algunos llevan sobre la cabeza un bloque que forma como un sombrero; son los que ya habían muerto cuando se erigió su estatua. No se intentó identificarle con su nombre en inscripción ni darle sus rasgos fisonómicos. ¿Para qué? Todos los vecinos de aquella

pobre comunidad se lo comunicaban de generación en generación. Para los primitivos, todos los vivientes son idénticos, no hay que precisar las caras de cada uno. Pero al hacer tanto las esculturas en piedra como las labradas en madera, los tallistas de la isla de Pascua caen en los errores comunes a todos los primitivos: son siempre formas humanas vistas frontalmente, en las que se acentúan las partes importantes (cabeza, brazos, pecho) y se atrofian las partes menos capitales, representando por transparencia costillas, esternón y vértebras. Los mismos errores que hacen los niños y los hombres prehistóricos europeos.

Quedan finalmente los jeroglíficos. Acaso los grabaron para entretenerse. Algunos arqueólogos modernos han creído poder interpretarlos porque hay signos comprensibles de hombres, peces y pájaros que se repiten y pueden pronunciarse con palabras del vocabulario actual de los polinesios. Pero como siempre que se trata de descifrar un

FUNDAMENTOS DEL ARTE DE OCEANIA

DINAMISMO

El maná es una fuerza todopoderosa que hace bueno a quien la tiene y malo a quien no la posee.

Los objetos culturales y las obras de arte son portadores de esta fuerza y excelentes medios para adquirirla. Si operan dentro de una ceremonia mágica, la fuerza viene rápidamente.

ANIMISMO

Las almas separadas de los cuerpos, por sueño o por muerte, influyen sobre el mundo y la vida de los hombres.

Los objetos de arte que representan figuras humanas o animales son sede de estas almas. A más y mayores objetos de arte, mejores serán las relaciones entre las almas y los hombres.

TOTEMISMO

Un tótem es una figurilla que rige las relaciones de los hombres con los animales, las plantas, las cosas inanimadas y los fenómenos naturales.

Para que estas relaciones sean buenas han de abundar los tótems.

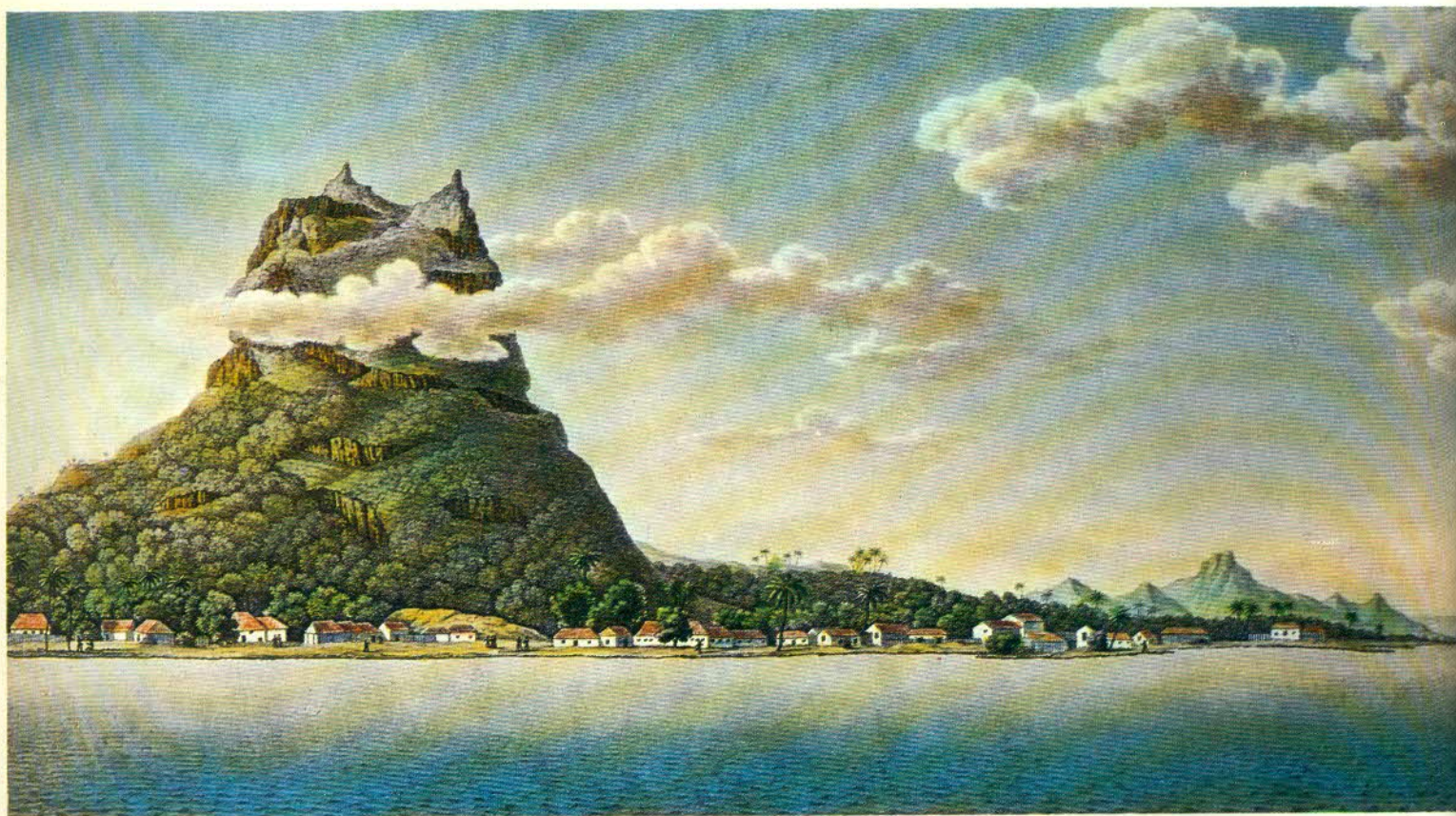
El arte no es representativo, sino personalizador. Es un medio para actualizar las fuerzas sagradas, creadoras y ordenadoras con el fin de poder participar en ellas.

Por eso, los temas religiosos aparecen no sólo en las imágenes plásticas de los objetos culturales, sino también en los utensilios de uso cotidiano, en las armas, joyas y como decoración de las casas.

A más manifestaciones artísticas, más participación en la fuerza sobrenatural.



Joven tahitiana. Es proverbial la belleza de las muchachas de Tahití, que encarnan la pureza de la raza polinésica.



Vista de la isla de Borabora, en las islas de la Sociedad, del "Viaje alrededor del mundo", de Duperrey (grabado de la Biblioteca Nacional, París).



Amuleto de los maoríes polinesios de Nueva Zelanda, hecho de nefrita verde a modo de diablillo protector que llevaban pendiente del cuello para evitar maleficios (Museo Británico, Londres).

texto de lenguaje antiguo (ibero, etrusco, osco, etc.), sorprende la vaciedad, insignificancia de lo que ha querido recordarse con la inscripción. Es posible que los signos de las inscripciones de la isla de Pascua sean abreviaturas mnemotécnicas, como una escritura taquigráfica, pues cuando fueron dadas a leer a los últimos que pretendían conocer su sentido, canturrearon durante varias horas y una sola línea llenaría un tomo de doscientas páginas.

Sorprendió a los descubridores de las islas del Pacífico que aquellos habitantes, físicamente tan hermosos, de carácter tan dulce y noble y tan hospitalarios, practicasen el canibalismo. El mismo capitán Cook pereció víctima de esta costumbre; hasta los pueblos que modernamente no la practicaban, tenían supervivencias de un rito de canibalismo. Costumbre de los habitantes de las islas Samoa era la de ofrecer al jefe un prisionero envuelto en hojas de cocotero, preparado para asarlo, aunque no se llegaba a sacrificar a la víctima ni en simulacro; y los maoríes tenían por costumbre comer algunas partes del enemigo decapitado para adquirir su *mana* o alma.

Con costumbres de este género debemos reconstruir casi todo el pasado de los polinesios; pero por fortuna se ha llegado a tiempo de recoger de la tradición oral mu-

chas leyendas y cantos históricos. He aquí cómo Percy Smith, el gran compilador de las genealogías de los maories, describe su visita a un anciano de la isla de Rarotonga, donde hicieron escala las seis canoas de la flota que fue a Nueva Zelanda en 1350: "Me dijeron que en Rarotonga vivía un viejo llamado Tamarúa, que me daría noticias del paso por allí de la flota... Encontramos a Tamarúa reclinado sobre una estera, debajo de unos cocoteros y árboles del pan y plátanos. Era un anciano de aspecto agradable e inteligente, pero por desgracia muy sordo. Con ayuda del marido de su nieta le hicimos entender que deseábamos conocer cosas del pasado. Al preguntarle si sabía algo de las canoas que fueron a Nueva Zelanda en 1350, contestó que sí, repitiendo los nombres de las seis canoas tal como los recuerdan los maories. -El capitán de la canoa *Tainui* se llamaba Oturoa -dijo el viejo-, pero no

recuerdo los nombres de los demás". Percy Smith transcribe el relato de la expedición con todos los detalles que le refirió el viejo Tamarúa: "Yo aprendí esto de mi padre y de mi abuelo y ellos lo aprendieron de sus antepasados. Todo el mundo sabía la historia de estas canoas cuando yo era joven. Esto era antes de la llegada de los misioneros (1823). Por aquel tiempo yo había asistido a diez fiestas ceremoniales del año, y era de

Pagaya polinésica de madera tallada y policromada (Museo Marítimo, Barcelona). La pagaya es una especie de remo que usaban los polinesios en sus expediciones oceánicas para impulsar a guiar sus pequeñas embarcaciones.



ORGANIZACION DE LOS SAMOANOS

La estructura social de los samoanos está más desarrollada que la de los arandás y tasmanios. El hábitat es fijo, debido a que conocen la agricultura y la domesticación de animales. Existe división del trabajo, pues mientras los hombres se encargan de limpiar el terreno y de sembrar, las mujeres escarban y cosechan. La principal caza consiste en las aves, aunque tiene muchísima más importancia la pesca. Existe en cada aldea un jefe encargado de dirigir las actividades relacionadas con esta tarea.

Las viviendas son bastante amplias y la inauguración de cada una de ellas está revestida de un gran ceremonial.

Se conocen incipientes actividades textiles, de las que se encargan las mujeres. Los principales artículos consisten en esteras y tapas de cortezas. La construcción naval es bastante activa, debido al hecho de que la mayor parte de sus recursos la obtienen del mar.

Los lazos de sangre están bastante arraigados, implicando una serie de deberes y obligaciones recíprocos. Cuando alguien construye una casa o una barca, recibe ayuda de todos los parientes, si bien está obligado a corresponder en caso de que sea alguno de ellos el que necesite ayuda. Los ancianos gozan de bastante consideración y siempre se les proporcionan alimentos. Existen títulos que hacen que sus poseedores ostenten una mejor situación, aunque al mismo tiempo ello entraña ciertas obligaciones.

El título más elevado es el de jefe. Se rodea de un ceremonial especial. Le está permitido comer alimentos considerados prohibidos para el resto de la comunidad. En los banquetes recibe los mejores trozos, siendo el primero en comer. Poder bastan-

te considerable tienen asimismo los jefes de los clanes. Los títulos no son hereditarios. El nombramiento recae en la comunidad de parientes más cercanos, si bien el resto de la comunidad tiene derecho al veto.

La familia es de tipo patriarcal y la dirige un patriarca, al que sus miembros están unidos por lazos de sangre, matrimonio o adopción. Este patriarca se encarga asimismo de la dirección de la vida religiosa y tiene poder de vida y muerte sobre sus miembros, poder que, de todas formas, está frenado por sus subordinados, ya que puede ser depuesto en cualquier momento.

La propiedad de las tierras cultivadas pertenece al "páter familias", quien puede venderlas o regalarlas, mientras la comunidad es la poseedora de los instrumentos y de los animales domésticos. El conjunto de unas diez de estas familias, unidas entre sí por consanguinidad, forman una aldea, que posee pesquerías comunales y fronteras que las separan de las aldeas vecinas. Dentro de cada una de ellas existen un jefe y un consejo, formado éste por los jefes de las respectivas familias, decidiéndose en su seno los diferentes problemas que se plantean en la comunidad.

Por encima de la aldea existen uniones de varias aldeas para asuntos más generales, cuyo jefe se elige entre los distintos jefes de aldeas, así como el conjunto de los jefes de aldeas forman el consejo de estas ligas. Por encima de estas ligas, en algunos casos aislados existen jefes que reúnen el poder sobre todas las aldeas de las islas. Este cargo, además de no ser frecuente, tampoco es hereditario.

Las faltas graves son resueltas en asambleas del pueblo, mientras las menores lo

son dentro de cada familia. El individuo es tan responsable de estas faltas como el resto de la comunidad, teniendo que responder todos de cada una de las faltas individuales. La falta más usual consiste en el robo de las cosechas, mientras es casi desconocido el robo de objetos de las viviendas. Los crímenes más importantes los constituyen las ofensas contra los jefes de aldeas, los grandes robos, el asesinato y la calumnia. El castigo es fijado por la asamblea de la aldea y alcanza hasta la familia del criminal, cuyos parientes han de llevar regalos a la casa de la víctima, mientras el autor del delito cumple la pena impuesta por la comunidad.

Por lo que respecta a la actividad militar, los samoanos viven en continuas guerras. Las causas son semejantes a las de las otras tribus: invasión del territorio, disputa sobre títulos, asesinato de un jefe, etcétera.

Entre las islas se produce un activo intercambio. Ciertas aldeas se especializan en manufacturas de redes, remos, canoas, esteras, etc. Así, el intercambio de productos suele ser bastante intenso, lo que llega a originar frecuentes visitas de unas islas a otras.

Por último, en cuanto a la religión, los samoanos creen en la existencia de una amplia gama de dioses jerarquizados. La mayoría de estos dioses son héroes y antepasados deificados. Todas estas divinidades poseen algo en común: pueden encarnarse en algún objeto, animal o planta, incluso algún fenómeno natural, aunque lo más frecuente es que sea en un animal. De esta forma, cada aldea o distrito tiene su divinidad protectora o tótem.

A. M. P.

esta altura —dijo el anciano, señalando a un niño de doce años—. Por estos datos se deduce que Tamarúa tendría noventa y seis años en 1907, cuando lo visitó Percy Smith.

De archivos vivientes como Tamarúa se han recogido, además de cantos y descripciones de ceremonias, leyendas épicas que recuerdan las de los arios de Europa; por lo general, tratan de guerras y emigraciones. Las guerras, terribles, sanguinarias, con exterminio de la gente de toda una tribu o toda una isla, tienen por motivo fútiles querellas;

parecen las disputas de los caballeros andantes por triviales cuestiones de etiqueta. He aquí un sucedido que, en crueldad, se puede comparar con la leyenda castellana de los infantes de Lara. Había en Rarotonga una princesa llamada Apakura que tenía diez hermanos; éstos estaban celosos del hijo de Apakura, que era un hermoso muchacho, el más apuesto de la tribu. Los hermanos de Apakura determinaron matar a su sobrino porque éste les venció en el juego de tirar la lanza. Los diez hermanos fueron en busca de

Zona volcánica del lago Taupo, situado junto al volcán Ruapehu, en la isla norte de Nueva Zelanda.





Apakura y le exigieron que les entregase a su hijo para sacrificarlo en la plataforma donde se practicaba el canibalismo. Después de varios mensajes y cantos de despedido, Apakura adornó para el sacrificio a su hijo; éste se despidió de su madre. Madre e hijo se frotaron la nariz, que es la manera de besarse de todos los polinesios, y el muchacho bajó armado de su lanza al lugar donde le esperaban sus tíos con todos los guerreros.

Estos le recibieron con grandes gritos, a los que el joven héroe contestó insultándoles: “¡Alejaos vosotros, constructores de cocinas, engendro del humo de los hornos, gente de largas lanzas!”. Estos característicos insultos eran para llamarles cobardes, porque usaban armas largas, y afeminados, porque todas las labores domésticas, y especialmente las de cocina, eran relegadas a las mujeres. Hasta el humo de las viandas impurificaba a los guerreros y a las canoas. Por fin, el hijo de Apakura perece a manos de sus tíos y la

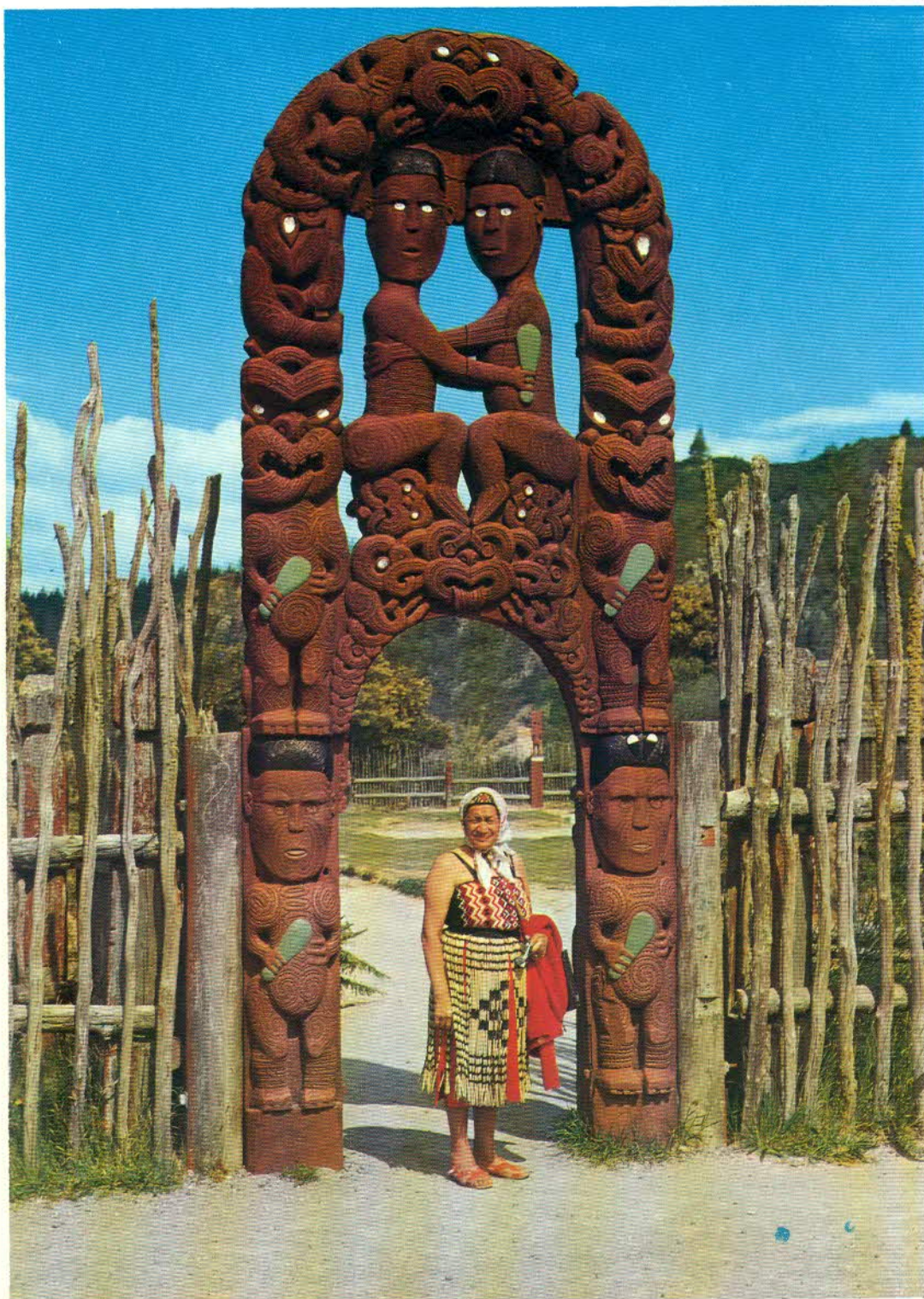
madre desciende, enlutada, a cantar el *vocero* o canto funeral de su hijo. Los guerreros contestan a sus maldiciones, diciendo: “¿Por qué gritas, Apakura? Tu hijo está ya en nuestros cestos”.

Pero Apakura prepara la venganza, y se marcha a otra isla para buscar apoyo en unos parientes lejanos; éstos, que detestan a los hermanos de Apakura, le prometen vengar a su hijo. Salen en una expedición a buscar a los asesinos y encuentran a tres de ellos en sus canoas, pescando en alta mar. Los tres hermanos de Apakura no sospechan el peligro y aceptan la invitación de pasar a las canoas de sus perseguidores. Cuando están allí sentados, los atan y les cortan la cabeza. Pero después de entregar a Apakura la cabeza de tres de sus hermanos, ya no quieren proseguir la venganza con los demás. Apakura tiene que buscar otros parientes para completar su obra de exterminio. Otros primos, habitantes de otra isla, se preparan

Piragua de los habitantes de Nueva Zelanda según las impresiones de Duperrey en su “Viaje alrededor del mundo” (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Este tipo de embarcación, con el que los indígenas migraron a través del océano, se usa aún en nuestros días entre las sociedades primitivas.

Puerta de un antiguo poblado de los indígenas de Rotorua, que se alza en la isla norte de Nueva Zelanda.

Tótem de la Papuasía encontrado en el archipiélago de Bismarek (Museo Rautenstrauch Jöest, Colonia).



para vengar al hijo de Apakura. Dos meses se pasan calafateando las canoas de guerra, fabricando lanzas, hondas y mazas. Por fin, la expedición de los vengadores aparece frente a la playa donde se cometió el crimen. Los hermanos de Apakura gritan a los invasores: "¡No desembarquéis todavía, mañana combatiremos!". A lo que acceden los enemigos.

Al día siguiente empieza el combate por

mar y tierra. Algunos de la isla tratan de llegar nadando hasta las canoas, para volcarlas, pero son decapitados al sacar la cabeza para respirar. Otros pelean en la playa, "por siete días". Durante la noche, los extranjeros debían retirarse a sus canoas para volver a tierra a combatir al día siguiente. Una noche, uno de los agresores sale a escondidas y prepara una trampa con una cuerda que llega hasta la playa. Cuando el



Estatua monolítica de un antepasado de los polinesios de la isla de Pascua (Museo Británico, Londres). El estilo es el característico de todas las estatuas de la isla.

que ayudan o molestan a los héroes. A veces los relatos, mezclados con cantos, duran varios días, pero en el fondo contienen siempre algo histórico. He aquí, por ejemplo, la explicación de cómo fueron pobladas las islas Marquesas por los habitantes de Tahití y Rarotonga. El héroe que condujo la expedición, un tal Onokura, era a la vez capitán, navegante y poeta. Con sus innúmeras hazañas podrían componerse varias comedias. Debió de vivir hacia los comienzos del siglo XII; fue, pues, casi contemporáneo del Cid. Onokura nació en un lugar de Tahití, en la montaña que todavía señala la tradición. Los habitantes de la isla, habiéndose multiplicado extraordinariamente, decidieron enviar una expedición en busca de otras tierras y para jefe eligieron a Onokura; éste

Relieve sobre roca volcánica hallado en la isla de Pascua, con representaciones del hombre-pájaro.



peor de los hermanos de Apakura va a combatir, es insensiblemente atraído hacia la trampa; al cogerse el pie en ella, tiran de la cuerda los de las canoas y pueden decapitarlo fácilmente...

Así es vengado el hijo de Apakura; otro retoño menor de la desolada madre es elegido rey de Rarotonga.

Las leyendas se presentan hoy mezcladas con fenómenos y personajes sobrenaturales



Pintura que representa un emú con ciertos detalles de sus entrañas (Museo Etnológico, Barcelona).

dirigió la construcción de las canoas, que por fin se botaron al agua. En su ruta desembarcaron en Akaau, donde Onokura se casó con la hija del jefe de esta isla. Por fin continuaron su viaje, dejando Onokura en Akaau a su esposa con dos hijos. Llegaron a las Marquesas y allí encontraron gentes de otra raza, con las que combatieron. La guerra debió de ser larga, pues llegó de Akaau un hijo de Onokura para ayudar a su padre; éste, finalmente, se casó con otra princesa del país, lo que demuestra un cruzamiento con los aborígenes o malayos llegados antes a las Marquesas. Onokura aún emprendió nuevos viajes y murió de vejez en una isla llamada Tupai.

Podríamos multiplicar las leyendas históricas de los polinesios y el lector continuaría sorprendiéndose del carácter casi "europeo" de estas tradiciones del Pacífico. Pero ello será porque las damos desprovistas de su vestidura polinesia, adaptándolas ya a nuestra mentalidad mejor que traduciéndolas. La leyenda de Onokura, por ejemplo, es un relato que llena cincuenta páginas, contado con todo detalle, y son precisamente los detalles los que habrían de parecer exóticos

al lector. De todos modos, algunos cantos sugieren vagamente las estrofas de los *Eddas* escandinavos.

He aquí el canto de un héroe, Tavahaki, que navega buscando en las islas del Pacífico los huesos de su padre:

"El arco iris estaba en el camino de Tavahaki; – Tavahaki subía, Tavahaki remaba, – envuelto en el recuerdo embriagador de Tane, – fascinado por los ojos de Kariki, – navegando entre los rayos de luz – que brillaban sobre hombres y canoas...", etc.

Otro héroe, expulsado de su patria por una guerra civil en la que ha sido vencido, se despide así de su isla:

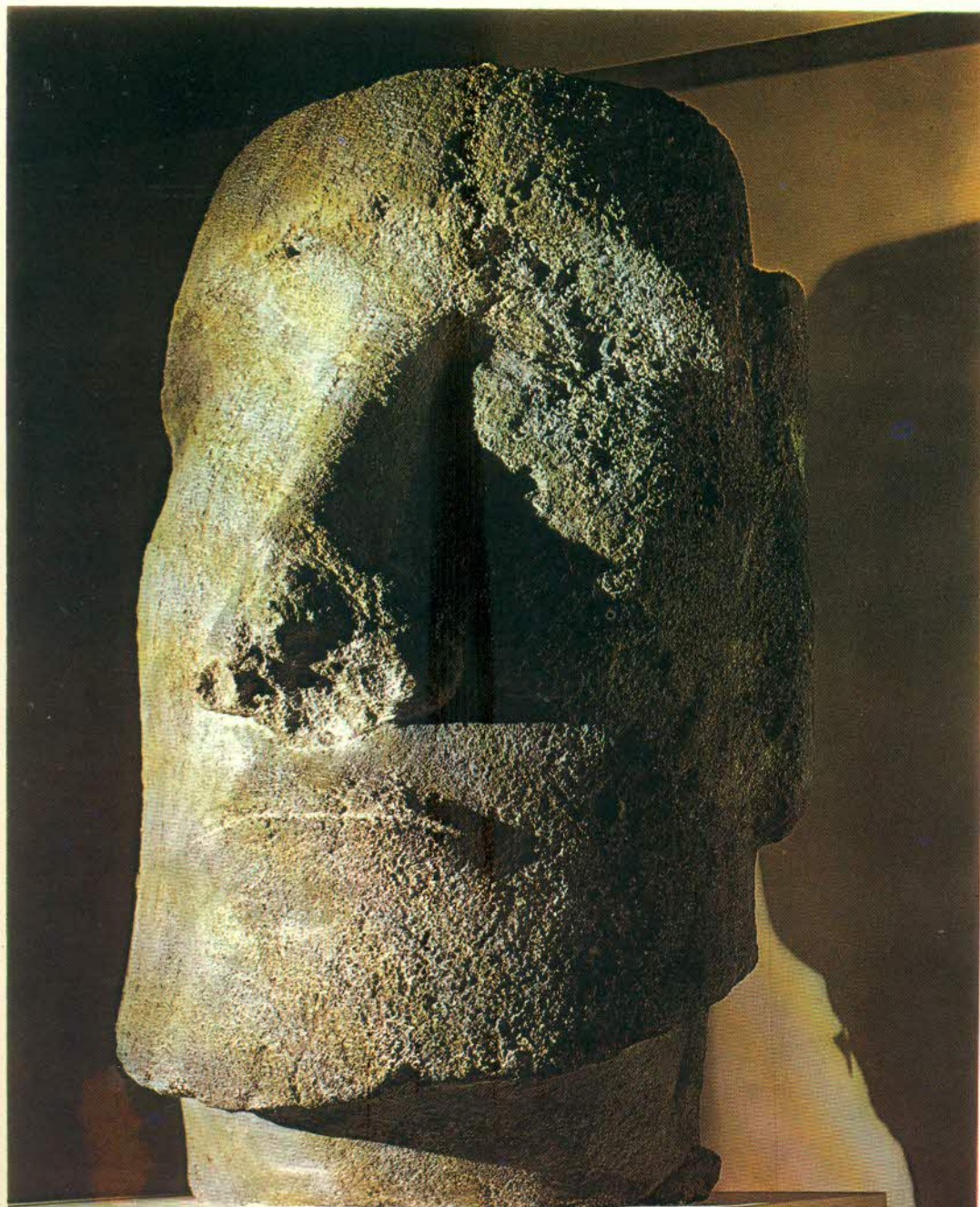
"Grande es mi amor por ti, tierra querida; – mi amor por Tahití, que dejo ahora. – Grande es mi amor por mi sagrado templo, – mi amor por Pure-Ora, que abandono. – Grande es mi amor por la fuente de que bebía, – Vaikura-mata, que dejo ahora. – Grande es mi amor por mi vieja casa; – por Rapa, que dejo ahora, que queda lejos. – Por el río donde me bañaba, y las queridas montañas de mi isla. – Grande mi amor por mis amados hijos, por Pou-te-anuanua y Mотор, los dos muertos. – ¡Ay hijos míos,

queridos hijos! – ¡Mis hijos, mi dolor! ¡Pou-te-anuanua! – ¡Ay Motoro!, ¡ay Motoro!”

Estos cantos polinesios raras veces consiguen retener su belleza en las traducciones. Todos los editores del folklore del Pacífico se lamentan de no poder conservar el encanto original. Pero en la música algo nuevo se percibe: un extraño espíritu al que no estamos acostumbrados. La música de las islas Hawai, por lo menos la de los cantos llamados *ulas*, ha pasado a ser popular en América. Tienen una nostalgia de lascivia mal satisfecha, como si todavía una raza se quejara de su suerte. Quizá tras la desaparición de los polinesios, cuyo número disminuye cada día, sólo queden incorporadas al tesoro de la humanidad algunas melodías que señalen su paso por el mundo.



Cabeza de canaco –palabra con la que los polinesios designan a los individuos de raza melanésica establecidos en la isla de Hawai y en las circundantes–, preparada y pintada según un método propio de los habitantes de Hawai (Museo Marítimo, Barcelona).



Cabeza de una de las estatuas de los antepasados que habitaron la isla de Pascua (Museo del Hombre, París).

BIBLIOGRAFIA

Cazeneuve, J.	<i>Sociología de Marcel Mauss</i> , Barcelona, 1970.
Coon, C. S.	<i>Las razas humanas actuales</i> , Madrid, 1969.
Levi-Strauss, C.	<i>Antropología estructural</i> , Buenos Aires, 1968.
Malinowski, B.	<i>Crimen y costumbre en la sociedad salvaje</i> , Barcelona, 1969.
Morgan, L. H.	<i>La sociedad primitiva</i> , Madrid, 1970.
Murdock, G. P.	<i>Nuestros contemporáneos primitivos</i> , México, 1956.
Pittard, S.	<i>Las razas y la historia</i> , México, 1959.
Scotti, P.	<i>Religión y magia en los pueblos primitivos</i> , Barcelona, 1967.
Vallois, H.-V.	<i>Las razas humanas</i> , Buenos Aires, 1966.



*La isla volcánica de Molokai,
en el archipiélago de Hawai.*